

El turista es el chivo expiatorio de todos los males del turismo

Fragmento de la entrevista de Sergi Yanes Torrado a Jean-Didier Urbain

¿Cree que la diferencia entre viaje y turismo sigue teniendo sentido?

¡Por supuesto! ¡Y probablemente más que nunca! En un contexto donde la crítica al impacto ecológico del transporte y la movilidad comercial innecesaria es un estribillo destacado del discurso sobre la protección de la naturaleza, el llamado turismo “masivo”, el turismo aéreo e internacional en particular, es un tipo de viaje que cada vez se cuestiona más, con razón o sin ella. Y en el contexto de esta lucha contra la contaminación mundial, el turista, hay que decirlo, actúa a menudo como chivo expiatorio de los daños ambientales causados por la libre circulación de personas. Volveremos a esto.¹

La diferencia entre viaje y turismo ha existido desde el inicio, tan pronto como 1850-1860, los años de los primeros viajes organizados de Thomas Cook. De forma discriminatoria, esta diferencia ideológica emana de un elitismo que pretende excluir al turista de los viajes, ya sea de la categoría de viajeros necesarios, las 3M (Mercaderes, Militares y Misioneros - incluyendo Médicos), o del club de viajeros

ilustrados, las 3A (Aristócratas, Artistas y Aventureros).² La diferencia de clase que se afirma aquí no es de grado sino de naturaleza. Es una segregación ontológica, un ostracismo cercano a un cierto racismo, del mismo modo que se habla de “racismo anti-juventud” o “racismo anti-vejez”.



En nombre de un espíritu viajero evidentemente superior (encarnado también por descubridores, exploradores, etnólogos, peregrinos, trotamundos, heroicos reporteros y otros eruditos del exotismo, ejecutantes temerarios o pioneros épicos que hoy en día se han convertido en los principales proveedores de hazañas trascendentales), esta diferencia consiste, pues, en oponer el viajero al turista no solo como el útil al fútil (el difícil al fácil, el temerario al pusilánime, el noble al vulgar o el legítimo al superfluo) sino también como el verdadero al falso o el ser a la nada... Una paradoja no menor, es que el turista se ha unido a esta discriminación existencial. Esto le lleva, de una manera un tanto esquizofrénica, a negarse, huir o despreciarse a sí mismo, aunque generalmente prefiera el odio al prójimo que el odio a sí mismo. El turista es siempre el otro...

Sin embargo, el turista es un tipo de viajero más. Un actor que a su vez se ha convertido en parte de esta vasta gama de viajes posibles, que van desde el humilde nomadismo del viajero mercantil de antaño, yendo de ciudad en ciudad por caminos inciertos, hasta el vertiginoso salto del astronauta en el espacio infinito, pasando por la itinerancia del camionero, el mochilero, el comerciante, el marinero, el aventurero o el diplomático, y el deambular del vagabundo, el ermitaño o el mendigo. En otras palabras, tan pronto como se abandona la división ideológica que originó esta diferencia engañosa, oponer el turista al viajero es tan estúpido como oponer el tulipán a la flor, el nabo a la verdura, la fresa a la fruta o el besugo al pescado. Esta confusión semántica de lo genérico y lo específico es una tontería conceptual intencionada que solo un sesgo sectario podría propagar. El problema es que este sesgo es muy obstinado.

Al margen de cualquier jerarquía social que propugne el uso de la movilidad ociosa como privilegio, medio de distinción u ostentación, el turista en realidad deriva, en su diferencia histórica, de la invención del viaje hedonista. Una movilidad destinada al placer que se ha hecho accesible a la mayoría (como el derecho a voto o el "matrimonio para todos"), pero que, como circunstancia agravante, es además una movilidad sin coartadas (profesionales, hereditarias, religiosas, humanitarias o incluso médicas) capaces de enmascarar el motivo inconfesable del disfrute del viaje, en y a través del viaje.

Esto es lo que está en el centro de la diferencia y lo que se les ha achacado a los viajes turísticos desde sus inicios. Una movilidad entendida como búsqueda erótica: de disfrute del mundo, lo que algunos consideran una usurpación (el robo de un privilegio) y para otros es un ocio irresponsable, incluso indecente.³ Esta búsqueda va más allá de los límites del viaje "normal", el cual debe ser útil y estar justificado, ser legítimo de alguna manera, altruista, apasionado, instructivo, activo, disciplinado, higiénico, etc., nunca ocioso y voluptuoso, a menos, claro, que seas miembro del "Club de las 3A"...

¿Es posible viajar por placer al margen de los itinerarios, las imágenes, las tecnologías y los equipamientos que ofrece la industria turística?

Sí, es posible. Sin embargo, debemos tener cuidado de no pensar que el placer de viajar se encuentra únicamente fuera de la industria del turismo, de su sistema, de su comodidad y seguridad. Eso sería oponer ingenuamente un prejuicio a otro. Además, para disfrutar del margen,



¿no haría falta saber al margen de qué se está? La transgresión presupone un conocimiento previo de la norma, del modelo, de las reglas y del sistema desobedecido. Sin ese conocimiento no se obtiene ningún placer al salir de él. Se transgrede solo el propio prejuicio, no la realidad. Por eso distingo entre el turismo inicial (ritualizado, organizado, propedéutico) y el turismo experimental (aleatorio, arriesgado, emancipador), que es un desbordamiento premeditado del primero.⁴

Salirse de los caminos trillados es un principio básico para el hedonismo que

caracteriza al viaje alternativo. Ahora bien, no podemos poner las imágenes al mismo nivel que los itinerarios, las tecnologías y los equipamientos. Estos últimos tienen que ver con la logística, el apoyo comercial y su geografía, cuya normalización (de circuitos, transportes y servicios) puede ser criticada (o no). Pero la imagen en sí misma depende de la imaginación, que es colectiva, y la industria se limita a captar y reciclar comercialmente sus formas y temas, de forma más o menos precisa o fiel, es cierto. Por lo demás, nuestras imágenes son bastante compartidas, como nuestros sueños. Generalmente sirven para que nunca se viaje absolutamente al margen de la imaginación colectiva, pues son mitos e historias comunes que unen a los individuos en su deseo de viajar según varios arquetipos, como la utopía de la isla

de Robinson, la casa en el árbol de Tarzán, el ideal de Phileas Fogg de dar la vuelta al mundo, el cabotaje de Ulises, el jardín de Cándido, el yeti de Tintín u otros sueños e historias que ilustran nuestros proyectos, nuestras elecciones y nuestro comportamiento, nos guste o no...

Por supuesto que cada uno puede pensar que es portador de una mitología totalmente personal, partiendo del principio de que cada cual hace su propio viaje. Sin embargo, si esta experiencia es realmente única, como lo son las del amor, la muerte o el dolor, el antropólogo se resistirá a aceptar este

individualismo, ya que niega representaciones que son nada más y nada menos que el sustrato cultural de cualquier viaje, tanto del suyo como del de los demás. Esta negación se debe a un egoísmo generalizado que confunde la singularidad de la experiencia vivida con la banalidad de lo imaginario, que no obstante le da sentido. Este narcisismo del viajero es común pero totalmente ilusorio. Es una buena ilustración de lo que René Girard llama la “mentira romántica”, que, en nombre de la espontaneidad, supone el rechazo de toda herencia cultural y, por tanto, de toda imitación de sus predecesores, ya se trate de un escritor, un pintor o un viajero.⁵

Esta es quizás una de las razones por las que las historias de viaje son a menudo tan aburridas cuando son escritas por viajeros convencidos de su originalidad, ya que en realidad suelen contar la misma historia con algunas variaciones y a veces sin saberlo. Conviene señalar a este respecto la recurrencia de una cláusula de estilo con la que estos escritores de viajes señalan (de manera frecuentemente enfatizada) que fueron los últimos en tener el privilegio de ver el sitio salvaje o arqueológico X antes de que desapareciera bajo los hoteles; de haber tenido la oportunidad de descubrir la ciudad Y antes de que fuera invadida por los turistas que arruinaron su pintoresco entorno; de haber podido conocer a los nativos de la isla virgen Z antes de que se estableciera allí un club de vacaciones; etc. Excepto por la probada vanidad o egocentrismo, como en el caso de los autoproclamados “elegidos” de viaje, no hay deshonor o vergüenza en ser el segundo mejor, en caminar sobre los pasos de los mitos o sobre la pista de las figuras históricas del viaje e imitarlas. Todos pertenecen a la misma realidad de los viajes.

¿Qué forma adquiere ese viaje “al margen”?

Tanto en el tiempo como en el espacio, toma inevitablemente formas que lo alejan de las “temporadas altas” y los “caminos trillados”, rutas, etapas y períodos ritualizados por el turismo organizado, ya sea comercial, social, religioso, sanitario o incluso asociativo. Este viaje al margen se sitúa pues, en el espacio, fuera de los caminos más frecuentados, de los circuitos habituales, incluso tradicionales; de los destinos más famosos, incluso habituales, cuya elección está determinada por cadenas de prescripciones, a menudo en forma de embudo, como la que Dean MacCannell evocó sobre sus compatriotas: “Si voy a Europa, voy a París; si voy a París, debo ver Notre Dame, la Torre Eiffel, el Louvre; si voy al Louvre, debo ver la Venus de Milo y, por supuesto, la Mona Lisa”.⁶ La principal preocupación del viaje “al margen” es salir de estas redes de atracciones e itinerarios instituidos mediante flujos canalizados y focalizados. Sin embargo, estas redes, favorables al comercio y los viajes, constituyen también una etapa importante del descubrimiento del mundo, ya no en forma de turismo “de masa” (expresión globalizadora y, en definitiva, despectiva) sino de turismo de iniciación: elemental, de primer acercamiento e incluso popular, opuesto al turismo experimental, sofisticado, innovador y criptológico que pretende precisamente superar esta etapa y emanciparse de ella, adoptando si es necesario formas sectarias o elitistas.⁷

El turismo experimental, que no es otra cosa que una forma genérica de viaje alternativo, se basa en el deseo de liberar al viajero de la industria del turismo, de sus normas, limitaciones, espacios y prácticas convergentes establecidas por sus servicios. Por lo tanto, para escapar de estas



dependencias con un espíritu de autodeterminación y originalidad buscará, en primer lugar, “nuevos” destinos desconocidos, no reconocidos, abandonados, rechazados o simplemente ignorados por la industria del turismo, así como nuevos usos, aunque sean excéntricos.

Este tipo de viaje permitirá identificar e incluso provocará el surgimiento de lugares y prácticas festivas y deportivas, como “raves” y “spots” - festivales y encuentros verdaderamente “off”, es decir, eventos dedicados no ya al turismo inicial sino al turismo de iniciados. A las expediciones

científicas, misiones ecológicas, estancias etnológicas y viajes humanitarios, se les añadirán actividades inusuales o modos particulares de exploración que podrán ser distantes o militantes, de observación lejana o, por el contrario, de participación activa, optando algunos por un retiro contemplativo y otros, a la inversa, por un compromiso con su objeto.

Sin embargo, cualquiera que sea la naturaleza de la relación que se establece con el objeto (lugares, personas, entornos o patrimonio), estas conductas experimentales son sobre todo el resultado de una forma de turismo poco común, o al menos así se reivindican. Siempre estarán marcadas por una confidencialidad determinada, como dicen los sociólogos, por los “círculos de afinidad” (una comunidad de pensamiento o una especialidad), o incluso

por un cierto misticismo (empatía, altruismo o convicción), asegurándose así que son diferentes. Su condición de marginalidad se dará en espacios cercanos y lejanos: la Bahía del Somme en Francia (para contar focas), Burkina Faso en África (para construir una escuela), una iglesia abandonada en el macizo de Vercors (para restaurarla) o un pueblo quechua en los Andes (para llevar una bomba de agua). Pero más allá de la etapa didáctica y prescriptiva del turismo inicial y de lo experimental que emana de un espíritu viajero que invita a abandonar los marcos convencionales de lo “turísticamente correcto”, la forma que adopta el viaje en los márgenes

puede ser aun mucho más amplia. Cuando se convierte en “fronterizo”, este turismo no se reduce a los avatares experimentales (protestantes, solidarios o responsables) mencionados hace un momento. Porque lo esencial no es tanto moralizar o denunciar el poder de un sistema de viajes oponiéndose a su norma, sino más bien eludirla. Alejarse para, además de evitarla, prescindir de ella. Esto es así en todas las dimensiones y en todas las escalas.

Los viajes realizados fuera de temporada y fuera de los grandes circuitos también contribuyen a esta marginalidad, así como a despertar la curiosidad por la vida cotidiana (y no por el patrimonio oficial), incluso en el mismo hogar (turismo doméstico). La exploración de lugares que no figuran en la nomenclatura ni están incluidos en los índices de las guías turísticas (espacios periféricos, crípticos, excéntricos, “yermos” o “baldíos”) pero que son depositarios de diversos patrimonios alternativos de carácter sensorial, doméstico o narrativo.⁸ Es el caso del turismo nocturno y la exploración de este “tercio durmiente de la humanidad”, que es menos una *terra incognita* que un *tempo incognito*. El imperio de la noche, con sus luces, sombras, olores, noctámbulos nativos, fiestas secretas y ceremonias, es una “tierra” realmente peligrosa y desconocida para el turista inicial, un viajero cauteloso que viaja a plena luz del día y se acuesta lo suficientemente temprano para llegar a tiempo a la excursión del día siguiente.

El turismo experimental está inventando constantemente nuevos territorios, nuevo espacio-tiempo. Los intersticios son fuentes de exotismo, pero también de posibles transgresiones. A veces se insertan en zonas prohibidas e implican estrategias de desobediencia, de infracción, incluso de de-

lito, con los riesgos que ello conlleva. ¿Un ejemplo? La visita a un museo es una práctica inicial cuando se lleva a cabo de acuerdo con una orden ambulatoria que debe ser seguida por todos. Volver sobre nuestros pasos o, mejor aún, no seguir las pautas de ese orden y deambular de una obra a otra al azar, es una “desobediencia” de por sí experimental en cuanto que inventa un itinerario. Pero quedarse encerrado por la noche en un museo es aún mejor, resulta completamente intersticial, independientemente del delito que supone.

Junto a estas iniciativas que rompen con el orden normalizado de los viajes de ocio y que ven a un viajero emancipado –un delincuente si es necesario– liberándose de la dependencia de los servicios organizados, hay que subrayar que existe también una historia de los viajes “al margen”. Queda mucho por hacer en este sentido. Pueden incluirse por ejemplo múltiples movimientos de protesta individual o colectiva o de “contracultura”, desde Montaigne huyendo de Burdeos sin saber lo que buscaba, hasta los Routards huyendo de las vacaciones burguesas tomando el “camino de los Zindes”,⁹ pasando por Rousseau, ese vagabundo desorientado, o los románticos orientalizados (Chateaubriand, Byron o Johan Burckhardt) y otros como Arthur Rimbaud o Jack London. La historia del viaje está aquí unida a una dimensión paralela en la que abundan los viajes al margen, secretos, desviados, invisibles o, todo lo contrario, ostentosos.¹⁰

En el período de entreguerras, por ejemplo, los escritores de la *Lost Generation* utilizaron el exilio, una estrategia de fuga para expresar su rechazo a la sociedad americana: Gertrude Stein en París, Hemingway en España o Fitzgerald en Antibes.¹¹ Luego vino



Exiliarse, huir, vagar, retirarse, perderse, explorar, descubrir, penetrar o, por el contrario, perderse, aislarse y olvidarse del mundo... Hoy en día, todas estas formas estratégicas y psicológicas de movilidad coexisten en nuestra imaginación y en nuestra cultura de viajes. Pueden ser leídas en la estela y en las costumbres de los herederos de los caminos de Katmandú, pero también en esos otros que perpetúan los antiguos patrones del movimiento. Ya se trate de neo-rurales (migrantes), tecno-viajeros (nómadas), mochileros (vagabundos) u otra clase de “nueva” movilidad, las filiaciones pueden ser descifradas sin demasiada dificultad. Esta historia pendiente, paralela, es un espacio-tiempo donde los arquetipos de movilidad, sus grandes categorías y sus respectivos valores antropológicos se reproducen indefinidamente como si se re-

la generación *hippie*, un movimiento fundado sobre una estrategia de evasión que propugnaba el establecimiento de una vida social alternativa, autárquica y comunitaria construida en los márgenes de la sociedad (no en el exilio sino en el barrio), oponiendo la utopía del paraíso aldeano al infierno urbano. Pero este movimiento fue precedido a su vez por el de la *Beat Generation*, que también se opuso a la sociedad capitalista, industrial y burguesa a través del provocativo y poético vagabundeo. Fue una estrategia de confrontación encarnada por Jack Kerouac que reivindicó el derecho al vagabundeo y a la divagación mística.

generasen, a pesar de que el credo común siga siendo el deseo utópico compartido de estar fuera del sistema o al menos de escapar de él un poco, por un instante...

¿De qué manera este viaje compite con la industria del turismo?

La verdad es que, aunque solo sea porque son marginales, estos viajes no pueden competir con el turismo inicial y su industria. Así que siguen su curso, reconstruyendo constantemente la brecha y la diferencia entre ellos y un negocio que los absorbe de manera casi inevitable. Es el caso del lla-

mado (a menudo de forma errónea) *dark tourism*, orientado hacia lugares “oscuros”, lugares inusuales o muy ordinarios pero considerados sombríos y mórbidos por las sensibilidades dominantes. Las guías impresas dan testimonio de esta permanente búsqueda de innovación en el turismo experimental. O es también lo que demuestra el auge del turismo “útil”, caritativo o humanitario, un turismo que recupera de forma comercial ese viaje marginal y altruista en el marco de un turismo llamado “responsable” o “solidario”, que ciertamente no es todavía una actividad de ocio de consumo masivo pero que, sin embargo, es ya un negocio prometedor y una etiqueta recogida por el *marketing* del llamado turismo “ético”.

Los mochileros de los sesenta y setenta trazaron así, sin saberlo, los actuales itinerarios turísticos de Asia. La lucha es desigual y no hay una verdadera competencia. En cambio, el desarrollo de los viajes a través de Internet, como el llamado ciberviaje,¹² será quizás más propicio a la constitución de un verdadero “margen”, que vea a través de la Web y otras redes sociales, la reinención de la autogestión de los viajes con turistas que, incluso al margen de determinadas ideologías (tercermundistas, ecologistas u otras), organicen y produzcan su propia movilidad. Ahora compiten con unos operadores turísticos que corren peligro, como ha ocurrido con la reciente quiebra de Thomas Cook, algo que tal vez constituye un síntoma del fin del abuso de autoridad por parte de los operadores turísticos, de la manipulación arbitraria de los transportistas, de los anfitriones y de otras personas que participan en la acogida de los viajeros. Quién sabe... ¿Estamos hablando de una mutación o se trata de

una convulsión generalizada en los viajes de ocio y placer?

[...]

Notas

- ¹ (N. del A.) Véase más adelante, en la pregunta 4.
- ^{2,8} Urbain, J.-D. (2018) [2011]. *L'Envie du monde*, Bréal. pp. 276, 245 y siguientes.
- ³ Urbain, J.-D. (2017). *Une histoire érotique du voyage*, Payot.
- ^{4,7} Urbain, J.-D. (2016) [1991]. *L'idiot du voyage. Histoires de touristes*, Payot, capítulos XV y XVI.
- ⁵ Girard, R. (1961). *Mensonge romantique et vérité romanesque*, Grasset.
- ⁶ McCannell, D. (1976). *The tourist. A New theory of the leisure class*, Schocken Books, p. 43. 31
- ⁹ Título del capítulo 5 del libro de Gloagen, Ph. y Trapier, P. (1994). *Génération routard*, Éd. JCLattès.
- ¹⁰ Urbain, J.-D. (2003) [1998]. *Secrets de voyage. Mentors, imposteurs et autres voyageurs invisibles*, Payot.
- ¹¹ Urbain, J.-D. (2014). *Au Soleil. Naissance de la Méditerranée estival*, Payot.
- ¹² (N. del T.) En el original “voy@ge”. Ante la imposibilidad de traducir literalmente el juego de palabras, se ha optado por ciberviaje.

Jean-Didier Urbain es filósofo, lingüista y doctor en Antropología Social por la Université de París - Sorbonne (Francia). Actualmente es profesor emérito en Ciencias del Lenguaje en esa misma universidad y miembro del Laboratoire d'Anthropologie Culturelle (CANTHEL). Sus principales líneas de investigación se vinculan a la antropología de la muerte y la cultura funeraria, así como a la antropología de la movilidad y los imaginarios del turismo y de sus prácticas.

Fragmento de la entrevista hecha por Sergi Yanes Torrado y publicada en su libro *La cuestión turística. Trece entrevistas para repensar el turismo*, Alba Sud Editorial, pp. 60-68, disponible en línea: www.albasud.org